

Reseñas

LÓPEZ PIÑERO, José M.^a; GLICK, Thomas F.; NAVARRO BROTONS, Víctor; PORTELA MARCO, Eugenio (1983) *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España*. 2 vols., Barcelona, Ediciones Península (Serie Universitaria, Historia, Ciencia, Sociedad, 180 y 181), 554 + 574 pp., 1.500 + 1.600 ptas.

La fecunda tarea del grupo valenciano de historiadores de la medicina y de la ciencia, encabezados por el profesor López Piñero, en cuanto a la producción de obras básicas de consulta, se completa, por el momento, con este ambicioso repertorio biográfico de científicos españoles, o ejercientes su trabajo en el ámbito territorial del estado hispánico, desde finales del siglo XV. Hasta 20 redactores colaboran en la confección de las 816 voces que componen, por orden alfabético, el grueso de la obra, incluyéndose índices (de personas citadas, instituciones y materias) cuya autoría no se especifica. Cada entrada, luego de identificar al científico por sus apellidos y nombre, fechas de nacimiento y muerte y materias en cuyo campo fue destacable su participación, incluye un texto descriptivo de la vida y obra del mismo —con disposición, estilo y longitud variables, tanto como el número de redactores— el cual acaba con una relación de fuentes, en muchos casos citando las ediciones originales, así como la bibliografía crítica supuestamente más destacable existente sobre cada personaje, a veces comentada con brevedad.

Se configura así una herramienta de trabajo, para los interesados por la historia de las ciencias en España, de carácter bien novedoso (piénsese que los repertorios biográficos nacionales, como la *Biographie Nationale* belga, la *Neue Deutsche Biographie*, el *Oesterreichisches biographisches Lexikon* o el *Dizionario biografico degli italiani*, suelen incluir todo tipo de personalidades relevantes, habitualmente con perjuicio para los científicos), la cual será considerada, inevitablemente, como expresión del nivel que el cultivo de dicha disciplina haya alcanzado en nuestro país.

Para hacernos una idea cabal del contenido de este *Diccionario* nos parece que los más apropiado es analizar, según los parámetros que a continuación indicamos, la distribución de las voces. En función del siglo de nacimiento de los científicos estudiados, encontramos 28 científicos del siglo XV, 200 del siglo XVI, 117 del siglo XVII, 198 del siglo XVIII, 227 del siglo XIX y 12 contemporáneos (la suma, 782, se explica porque no hemos considerado las voces que tienen más de un firmante).

La distribución por materias, según el listado de las 28 principales que marca la introducción del *Diccionario*, nos ofrece los siguientes resultados: Medicina (264 voces), Química (84), Matemáticas (75), Geografía (74), Astronomía (65), Botánica (61), Ingeniería (59), Historia Natural (58), Náutica (50),

Anatomía (47), Metalurgia (42), Física (40), Filosofía Natural (34), Agronomía (31), Fisiología (31), Mineralogía (31), Farmacia (29), Historia de las Ciencias (29), Geología (27), Cartografía (22), Divulgación científica (22), Veterinaria (22), Zoolología (20), Histología (14), Astrología (12), Microbiología (8), Geodesia (3), Alquimia (2).

Por lo que respecta a los autores, el más prolífico es el propio López Piñero, quien, con un 25 por 100 del total de las entradas, suministra el máximo de voces para los siglos XV, XVI y XVII, siendo segundo en el cómputo para el siglo XIX, tras E. Portela, el cual es, a su vez, el segundo autor más prolífico, con una participación superior al 18 por 100. Para los siglos XVIII y XX es primero T. Glick, aunque en el cómputo total ocupa la cuarta posición, con el 14,5 por 100 de voces, tras los dos mencionados y V. Navarro (14,7 por 100). Entre los cuatro autores citados están redactadas las tres cuartas partes de las voces del *Diccionario*, alcanzándose el 90 por 100 con la inclusión de C. Carles (7 por 100), F. Bujosa (6 por 100), U. Lamb (3 por 100) y F. Balaguer (3 por 100). Todavía con participación superior al 1 por 100 colaboran otros tres autores, S. Garma, R. Moreno y R. Ballester, mientras los ocho restantes firman sólo entre 2 y 5 trabajos cada uno (A. Rey, J. Barona, M.^a J. Báguena, R. Keith, J. L. Fresquet, B. Beddall, D. Beck y M.^a L. Terrada). Hay, además, un redactor que únicamente firma (y en colaboración) una voz (T. Niehaus). Aplicando a la distribución por materias el criterio secundario de la personalidad de los firmantes, obtenemos la siguiente imagen: López Piñero es el máximo contribuyente en los temas de Medicina, Anatomía, Fisiología, Microbiología e Histología y, junto con C. Carles, en Botánica, Zoolología e Historia Natural; Víctor Navarro asume la mayor parte de voces de las materias Astronomía, Astrología, Física, Filosofía Natural, Geodesia y Matemáticas; Eugenio Portela se ocupa preferentemente de Geología, Mineralogía, Farmacia y Metalurgia; T. Glick, de Agronomía, Divulgación Científica y Geografía; Lamb, de Cartografía y Náutica; Emilio Balaguer de Veterinaria; Portela, Navarro y López Piñero se reparten las voces de Ingeniería y, con el añadido de C. Carles, las de Historia de las Ciencias (en todos los casos se señalan los autores individuales, o grupos de autores, con porcentajes superiores al 50 por 100).

Por lo que se refiere a la calidad de las distintas colaboraciones, está claro que responde con fidelidad a la biografía de los redactores, de modo que destacan las voces firmadas por López Piñero y Víctor Navarro.

Puede comprobarse, entonces, que el núcleo productor asienta en la Cátedra de Historia de la Medicina de Valencia, con el importante añadido de los americanos Glick y Lamb; el profesor Balaguer, como se sabe, en la actualidad catedrático en Alicante, procede profesionalmente del centro valenciano y puede que formara parte del mismo en el momento en que se trazara el proyecto de realizar esta obra, premiado, según se nos indica en la introducción, con una beca de la Fundación Juan March. El resultado, pues, inscribese, en lo bueno como en lo menos bueno, en el cómputo del grupo de Valencia, del que no puede decirse que haya utilizado la ración de generosidad que correspondería a un trabajo que toma su modelo del *Dictionary of Scientific Biography* dirigido por Gillespie.

Esta composición del equipo redactor puede advertirse sin más que leer la relación de participantes que aparece en las primeras páginas, salvo por lo que respecta al peso de cada autor. Particularmente notorio es el caso Carles, pues se trata de una redactora de la que se cita, en todo el *Diccionario*, un único trabajo historiográfico: su tesis de licenciatura de 1977, sobre la obra pediátrica de J. Soriano (fl. 1598). Mas a pesar de la selecta atención que recibe la historia de la medicina en este repertorio y del peso en el mismo de esta autora, con una línea de investigación acerca de la medicina infantil (en realidad, dos autoras, pues Rosa Ballester también se inició en esa temática), el problema más descuidado (absolutamente debería decir) es el de la Pediatría española contemporánea, del último cuarto del siglo XIX y primer tercio de éste. La propia Carles pasa como sobre ascuas, en la voz «Benavente» por los orígenes de esta especialidad en España, mientras que nombres como los de Ulecia Cardona, Tolosa Latour, Martínez Vargas, Vidal Solares o García-Duarte Salcedo, entre otros y no solamente por su obra pediátrica, merecerían la misma atención que un «Lope de Deza» (autor de una obra de agronomía en 1618 de la que, a juzgar por lo que cuentan de ella T. Niehaus y T. Glick, se desconoce su trascendencia por encima de la anécdota).

Cierto es que, en lo tocante al ser y al estar, nunca puede encontrarse, o muy difícilmente, el equilibrio en obras complejas y ambiciosas como ésta que comentamos, pero tampoco parece haber excusa para la ausencia de entradas referidas a un Joaquín Villalba o a un Felipe Hauser. Aportaciones recientes a la gestación del movimiento novator, tan caro a López Piñero, no han sido tenidas en cuenta, de modo que no hay una voz «Juan del Bayle» (Gago, Olagüe, Carrillo (1981) *Bol. Soc. Esp. Hist. Farm.* 31-32, 95-107). Se nota y es exclusivamente una intuición lo que voy a exponer, una cierta rigidez en lo tocante al empleo de literatura crítica, que no me atrevo a llamar obsolescencia por falta de pruebas contables, pero ¿a qué puede achacarse que la voz «Aréjula» no cite ni un solo trabajo posterior a 1974, teniendo Carrillo y Gago intensamente estudiado este personaje entre 1975 y 1980, o que en «Torres Quevedo» no figure la referencia al trabajo de García de Santesmases publicado en 1980, o que para «Seoane» se acaben las referencias en 1968? No parece haber artículos citados procedentes de *Llull* salvo los propios de los redactores de las voces. Luego, existen algunos hechos desconcertantes en este terreno de la literatura manejada por los artífices del *Diccionario*, que sorprenden por la profesionalidad de los firmantes. Por ejemplo, discutir las tesis ofrecidas en un artículo de 1981, precisamente publicado en *Dynamis*, porque contradicen las afirmaciones del autor de la voz «Luzuriaga» (López Piñero) ¿era ése el lugar idóneo para polemizar o no hubiera sido más lógico enviar una réplica a la revista donde se publicó aquél? Por ejemplo, ensalzar la biografía que de Betancourt ha publicado Rumeu, sin advertir su carácter casi facsimilar respecto de la anterior de Bogoliukov, de la que V. Navarro escribe que atiende con preferencia «al periodo ruso» de la carrera del ingeniero canario. No menos extraño es que, desde 1978, en *Investigación y Ciencia* (edición española de *Scientific American*), López Piñero firma una sección fija, bajo el título genérico de «Hace ...», en la que se ha publicado la información contenida en muchas de las voces del

Diccionario firmadas por el mismo López Piñero («Arceo», «Achúcarro», «Martínez Molina», «Simarro», «Laguna ...»), a veces en colaboración, como «F. de Azara» o «Malaspina»), por C. Carles («Castellarnau», «Gómez Ortega») o E. Portela («Fioravanti», «Montserrat y Riutort»), sin que aparezca como referencia secundaria en ninguna de ellas. En muchos casos, el *Diccionario* reproduce textualmente el contenido de esos «Hace ...», a veces con leves translocaciones.

Una objeción global que merece esta obra es la ausencia de un director. Que se sepa, según la portada, tiene cuatro autores, y según la introducción, 20 redactores. El resultado adolece de fallos de coordinación importantes, como, por ejemplo, que no se respetan en el texto los acuerdos iniciales para denominación de materias (aparecen, con frecuencia elevada, nombres como «minería», «instrumentación científica», «ingeniería civil» o «cirugía», no previstos), o que se escriben con notación abreviada repertorios (Elías de Molins, Torres Amat) no citados en la lista de cabecera. Hay errores en los índices que no debieran existir, como, en el índice de la disciplina «Cirugía», un «Larringa», que debiera ser Larrinaga y un «F. Velasco» del que no hay constancia en el texto, o el grueso error de alfabetización que convierte a Simón de Rojas Clemente en Simón de *Rojas* Clemente (error tal vez achacable a la nacionalidad del firmante de la voz correspondiente). Por último, se nota la incomunicabilidad entre los distintos redactores, puesto que puntos o problemas levantados en voces ajenas no son tratados en las que correspondería.

Todo esto nos sitúa ante la pregunta decisiva: ¿cumple este *Diccionario* una función de suministro de información básica para el investigador? La respuesta es sí, pese a que no está *toda* la información que se puede poseer en 1983, y siempre que se emplee con la cautela que merece un repertorio general con un tan notable sesgo de escuela. Muy útil, desde luego, como «alta divulgación» para un público culto pero no especializado.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA

PRICE, Robin (1983) *An Annotated Catalogue of Medical Americana in the Library of the Wellcome Institute for the History of Medicine*, London [Publications of the Wellcome Institute for the History of Medicine. Catalogue Series Amer. I], XIX + 319 pp., ilustr., ind. (*no consta precio*).

Para los historiadores de la medicina el Instituto Wellcome de Londres se ha convertido en un lugar obligado para el estudio y la investigación. Ello viene justificado por la riqueza de sus fondos en libros, revistas y manuscritos de todos los tiempos y culturas, la quietud y eficacia de sus instalaciones, así como el haberse ido transformando en un centro vivo de investigación y transmisión de conocimientos, gracias a la presencia de bibliotecarios, profesores, investigadores, becarios y estudiantes. Uno de los instrumentos fundamentales de trabajo que hace posible el manejo de sus ricos fondos, es la serie de sus

Catálogos, tanto de impresos como de manuscritos, que viene publicandó. El último en aparecer es el concluido por Robin Price, bibliotecario, a cuyo cargo corre la custodia científica del llamado fondo médico americano («Medical Americana»), probablemente el más rico de su carácter —por ofrecer el fondo todo unido en una institución e incluso, parcialmente, en sala independiente— existente hoy en Europa.

Este fondo americano está formado por unos 6.000 volúmenes de libros, folletos, tesis, revistas, manuscritos y facsímiles de obras en relación con la medicina del continente americano. El presente Catálogo comprende sólo una pequeña parte —pero no por ello menos importante— de esa riqueza bibliográfica: 391 ítems impresos, 148 manuscritos y 19 revistas, aparecidos en territorio de la América latina (territorios españoles y portugueses) e islas del Caribe de habla española, francesa o inglesa. Las obras impresas abarcan desde el año 1557 a 1821. Con la primera de las fechas se inició la publicación científica en el Nuevo Mundo; fue el año de publicación de la *Physica speculatio* de Alonso de la Vera Cruz por el impresor Juan Pablos en la ciudad de Méjico, 17 años después de la llegada de la imprenta a Méjico y cuatro de la fundación de su Universidad. La razón de la última fecha la explica Price fundamentalmente por acomodarse al período del Catálogo de R. B. Austin, *Early American imprints; a guide to works printed in the United States 1668-1820* (Washington D. C., Public Health Service, 1961) y estar en marcha otro Catálogo para la parte norteamericana de la colección americana del Instituto Wellcome con idénticos topes. Esta decisión deja fuera del Catálogo a la parte de producción médico-científica de territorios que prolongaron su condición colonial, p.e. Cuba (1898), Jamaica (1962), y también a la que tuvo lugar en las nuevas repúblicas latinoamericanas. En este sentido, son particularmente interesantes los fondos médicos que posee el Instituto pertenecientes al período mejicano entre 1822 y 1833. Las revistas latinoamericanas comprenden el período entre 1722 y 1820. En cambio, los manuscritos comienzan en 1575 y llegan hasta 1927. Esta sección comprende todos los MSS de interés americano existentes en el Instituto Wellcome y no recogidos en los Catálogos de MSS del Instituto hechos por S. A. J. Moorat (London, 1962-1973). Algunos de los manuscritos son tan curiosos e interesantes como la obra sobre materia médica indígena escrita hacia 1730 por el jesuita Marcos Villodas en guaraní, o las partes tercera y cuarta —al parecer inéditas— del *Cursus medicus mexicanus* (con sendos tratados sobre anatomía patológica y fermentación) de Marcos José Salgado (1671-1740), autor de innegable influencia en la medicina universitaria de Nueva España, cuyos libros de texto se mantuvieron hasta la introducción de Boerhaave hecha en Méjico por el médico mejicano José Ignacio Bartolache (1738-1790).

La sección del Catálogo correspondiente a «impresos» está dividida por países: Argentina (1780-1813), 9 impresos; Brasil (1808-1820), 13 impresos; Colombia (1779?-1797), 3 impresos; Cuba (1787-1814), 6 impresos; Guadalupe (1775-c. 1790), 3 impresos; Guatemala (1697-1818), 17 impresos; Haití (1765-1803), 56 impresos; Jamaica (1781-1820), 6 impresos; Martinica (1774-1788), 4 impresos; Méjico (1557-1821), 221 impresos; Perú (1607-1820), 34 impresos. La parte más rica es, sin duda, la correspondiente al antiguo Virreinato de Nueva

España, circunstancia a la que no debe ser ajena la historia del origen de la colección latinoamericana del Instituto.

La colección médica latinoamericana del Instituto Wellcome se formó, en primer lugar, como el resultado de la actividad mercantil de Sir Henry Wellcome (1853-1936), creador de la importante industria farmacológica británica, interesado en la historia de la materia médica americana. Ello le condujo en 1927 a la compra de una de las colecciones del médico mejicano Nicolás León (1859-1929) que llegó a ser director del Museo Nacional de Méjico. El otro gran aporte se hizo en 1962, cuando la Fundación Wellcome compró al entonces exilado médico español, Francisco Guerra —bibliófilo, bibliógrafo, historiador de la medicina americana y profesor por tierras latinoamericanas, especialmente Méjico y Estados Unidos— su rica y rara colección de impresos y manuscritos. Ese núcleo se fue incrementando con donaciones y compras ocasionales. Para medir la importancia de estos aportes, basta echar una ojeada a las procedencias de los manuscritos: el 60 por 100 pertenecieron al fondo del doctor Guerra, el 17 por 100 al del doctor León y el 22 por 100 son de procedencia varia. Los más valiosos pertenecieron todos a la colección del doctor Guerra que veinte años más tarde sería profesor de Historia de la Medicina en la universidad española. El propio doctor Guerra trabajó durante los años sesenta —ahora como becario del Instituto Wellcome en Londres— en la ordenación y catalogación de la colección.

El Catálogo está realizado con el cuidado y la pulcritud de los ya publicados por el Instituto Wellcome. Una peculiaridad, no obstante, es el de ser un catálogo anotado con noticias sobre el contenido historicomédico (de especial utilidad en revistas no estrictamente médicas), referencias a los repertorios bibliográficos latinoamericanos (Andrade, Beristain de Souza, Guerra, Icazbalceta, León, Medina, Palau y Dulcet, Valdizan, Valton, Wagner, fundamentalmente) y breves datos sobre la biografía científica del autor o la significación histórica de la obra. En este último aspecto echo de menos dos cosas: la primera, la sorprendente ausencia en la bibliografía del viejo, pero útil todavía, repertorio de Hernández Morejón (en su lugar se usa el de Chinchilla, de peor calidad) que hubiera sido útil, por ejemplo, en las notas sobre Juan de Barrios (p. 53), Diego Cisneros (p. 68) o Antonio Medina (p. 93); la segunda, el no dar una breve referencia en todos los ítems anotados, de la literatura secundaria utilizada y recogida al final del Catálogo («General references»).

La obra incluye un índice de nombres. Como historiador de la medicina, dada la importancia de la colección y el carácter de catálogo anotado, hubiera deseado la inclusión de un índice de materias. Su no inclusión hace perder información o la dificulta en gran manera: por ejemplo, sobre epidemias, instituciones científicas, docentes y asistenciales, medidas profilácticas y/o terapéuticas (p.e., la interesante terapéutica indígena y la vacunación), aspectos sociomédicos (docencia, profesión) y científicos (corrientes ideológicas), etc. El autor justifica su no inclusión por parecerle «notoriously artificial for the changing concepts of medicine» en un período de 400 años (p. xviii). En efecto, es una dificultad, pero no insuperable.

La obra es importante, y especialmente para nosotros, los historiadores de la medicina españoles que, salvo muy contadas excepciones (Guerra, Guijarro Oliveras, el reciente *Diccionario histórico de la ciencia moderna en España* de López Piñero *et al.*) no hemos prestado atención alguna a la historia de la medicina colonial americana. El Catálogo de Price es un importante instrumento de trabajo que, al abrirnos la rica colección americana del Instituto Wellcome, puede ser un elemento incitador para dinamizar los fondos médicos latinoamericanos impresos y manuscritos, existentes en nuestras bibliotecas y archivos. Visto desde España, el Catálogo de Price puede considerarse como el pistoletazo de salida, que inicie los trabajos con el que los historiadores de la medicina conmemoremos el próximo V centenario (1492-1992) del descubrimiento de América.

LUIS GARCÍA BALLESTER

LÓPEZ PIÑERO, José María; BUJOSA HOMAR, Francesc, con la colaboración de Víctor Navarro Brotons, Eugenio Portela Marco, María Luz López Terrada y José Pardo Tomás (1981) *Los impresos científicos españoles de los siglos XV y XVI. Inventario, bibliometría y thesaurus. Inventario A-C*. Valencia, Cátedra de Historia de la Medicina [Cuadernos Valencianos de Historia de la Medicina y de la Ciencia XXIII. (Serie C. Repertorios bio-bibliográficos)], 153 pp. (*no consta precio*).

El presente volumen es el primero publicado de una serie de cinco y, como advierten sus autores en la *Introducción*, es el resultado material del esfuerzo de nueve años de trabajo de un grupo de historiadores de la medicina y de la ciencia vinculados, en diversos momentos, a la Cátedra de Historia de la Medicina de la Universidad de Valencia. Representa la culminación de una muy larga tradición de estudios sobre la ciencia española de los siglos XV y XVI de esa institución universitaria, bajo la tutela y dirección del profesor López Piñero. Esta obra es, a nuestro parecer, una importantísima aportación a la historia de la ciencia hispánica de ese período, que pone a disposición del estudioso un sólido catálogo de fuentes de contenido científico de la época. En una muy concisa, pero clarificadora introducción fijan los autores los criterios seguidos en la elaboración de la obra, señalando, igualmente, las abundantísimas fuentes utilizadas para la confección del repertorio. El volumen 5.º y último incluirá, además, un *thesaurus* terminológico, un análisis bibliométrico de la producción científica de esos dos siglos, en base al inventario realizado, y una amplia serie de índices encaminados a facilitar el manejo de toda la obra. Una muestra pequeña de interesantes resultados conseguidos tras un análisis bibliométrico de la ciencia española de esas dos centurias, concretamente de la catalana, fue ofrecida por algunos de los participantes originarios de este proyecto en el *II Congreso Internacional de Historia de la Medicina Catalana* (1975) (1).

(1) BALAGUER PERIGÜELL, E. *et al.* (1977). Els impresos científics a Catalunya. Segles XV i

Sin duda, el análisis global de todos los impresos científicos de la época con estas nuevas técnicas ofrecerá esquemas muy clarificadores a la hora de interpretar el peso y comportamiento de la ciencia española de ese momento en el conjunto de la europea. Es digno de encomio, también, el exquisito cuidado que han puesto los redactores a la hora de transcribir los nombres originales de los autores, así como en la correcta identificación de algunos científicos que la tradición historiográfica española señalaba como hispánicos. Por ejemplo, en el caso del supuestamente médico valenciano Jaime de Castro (c. 1489-1535) (2) que ha sido excluido certeramente de este repertorio por López Piñero y colaboradores. A pesar de que los catálogos de bibliotecas utilizados por los editores en la confección del repertorio son numerosísimos y capitales, sin embargo, uno echa de menos la presencia individualizada de dos de ellos. Nos referimos primeramente al que en 1966 publicó Vicente Cárcel Ortí sobre los fondos renacentistas de la importantísima biblioteca de San Juan de Ribera, ubicada en Valencia (*Anales del Seminario de Valencia*, 6/11, 111-383). El segundo de ellos, más específicamente histórico-científico, se debe a M.^a Remedios Moralejo Alvarez que en 1978 editó un cuidadosísimo inventario de los fondos de medicina y ciencia de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza del siglo XVI. La exclusión de estos catálogos puede justificarse considerando que los autores han utilizado el *Catálogo Colectivo de obras impresas de los siglos XVI al XVIII. existentes en las bibliotecas españolas* (ed. provisional, Madrid, Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1972-, en curso de publicación, letras A-R), pero, insistimos, hubiera sido deseable utilizar estos otros catálogos, especialmente el de Moralejo, lo que hubiera evitado las frecuentes disparidades encontradas en la catalogación de algunas obras. Felicitamos sinceramente al grupo valenciano de historiadores de la medicina y de la ciencia por la publicación de este primer volumen, y esperamos que no se demore excesivamente la edición de los otros cuatro restantes.

GUILLERMO OLAGÜE DE ROS

BELLONI, Luigi (1980) *Per la Storia della Medicina*. Sala Bolognese, Arnaldo Forni Editore, S.p.A., XXIV + 357 páginas y abundantes figuras (*no consta precio*).

Esta monografía del profesor Luigi Belloni, titular de la cátedra de Historia de la Medicina en la Universidad de Milán, recoge una amplísima selección de sus escritos más notables publicados en la revista italiana *Simposi Clinici* entre 1964 y 1976. En conjunto son un total de 42 estudios de una de las figuras más interesantes de la actual historiografía médica mundial. La obra va precedida de una *Sintesi introduttiva* firmada por el propio Belloni en la que, a través de diez y

XVI. II Cong. Int. d'Historia de la Medicina Catalana, de l'1 al 5 de juny de 1975. *Llibre d'Actes*, Barcelona, vol. I, pp. 185-196.

(2) CHINCHILLA PIQUERAS, A. (1841). *Anales Históricos de la Medicina en general, y Biográfico-bibliográficos de la española en particular*, Valencia, v. I, Imp. de López y Compañía, p. 187.

nueve páginas, su autor ofrece un panorama general, pero denso, de los principales avatares históricos experimentados por la medicina en su lucha contra la enfermedad a lo largo de los siglos. El casi medio centenar de títulos seleccionados abarcan muy representativamente tres de las líneas de investigación preferentemente cultivadas por el profesor Belloni en los últimos lustros: la historia de la anatomía macro y microscópica de los siglos XVI a XVIII, la problemática del contagio en las centurias XVII y XVIII, y el desarrollo de la patología moderna, con especial énfasis en sus aspectos nosográficos. En el primero de estos tres capítulos merecen recalcarse sus originales contribuciones a la escuela galileana en medicina, especialmente los análisis consagrados a los discípulos médicos de Giovanni Alfonso Borelli (1608-1679): Marcello Malpighi (1628-1694) y sus pupilos boloñeses. En esta línea, Belloni ha realizado aportaciones muy originales merced al recurso de la «practical medial history» aplicada al análisis de los supuestos epistemológicos y técnicos del proceder científico de Marcello Malpighi. Una muestra de la fertilidad de este método se plasma en el estudio *Marcello Malpighi alla scoperta strutturistica della lingua e della cute*, incluido en esta antología (pp. 53-60). Al segundo capítulo pertenecen sus trabajos sobre la historia de la sarna (*La medicazione topica nella scoperta della etiologia acarica della scabbia*, pp. 7-12) y sobre las aportaciones de los médicos y biólogos italianos a la doctrina del contagio vivo (*I secoli italiani della dottrina del contagio vivo*, pp. 111-118, y 119-126). La tercera línea de trabajo del profesor Belloni — grandes contribuciones nosográficas de la patología moderna — se halla magníficamente representada en este libro. Valgan, a título de ejemplo, algunos de los principales trabajos sobre este aspecto incluidos en esta monografía: Herman Boerhaave y la ruptura espontánea del esófago (pp. 199-206); Thomas Addison y la «enfermedad de Addison» (247-254); Percival Pott y la «enfermedad de Pott» (167-174); James Paget y la «osteitis deformans» (87-94), etcétera...

Sin embargo, para aquellos que están familiarizados con la producción científica del profesor Belloni, la presente monografía tiene un defecto que es bastante grave. Nos referimos a la ausencia en todos los trabajos de aparato crítico correspondiente. En los estudios del profesor Belloni tanto o más sugerentes son, a veces, las notas y la bibliografía de los mismos que el propio texto. De ahí que digamos que esta ausencia es grave en el caso que nos ocupa. En sus estudios más recientes, por ejemplo, el profesor Belloni está recuperando y modificando la imagen que tradicionalmente veníamos poseyendo de Bartolomeo Eustachi. Para ello, está reconstruyendo la biografía y producción científica de este romano de adopción en base a investigaciones originales de archivo (véanse, por ejemplo, sus artículos aparecidos en *Physis, Archives Internationales d'Histoire des Sciences* y *Gesnerus* en los últimos cuatro años). Pues bien, en la antología incluye Belloni una nota sobre Bartolomeo Eustachi con motivo del IV Centenario de su muerte (pp. 303-310), pero sin aparato crítico y bibliografía correspondiente, con lo que el lector se pierde una información preciosa.

La edición está muy cuidada, sin prácticamente ningún error tipográfico y una abundantísima iconografía —buena parte de ella original— que hace muy

amena la lectura de esta antología. Con todo y a pesar de la ausencia antes comentada, se cumplen colmadamente tras la lectura de esta obra los objetivos que el mismo profesor Belloni señalaba en el prólogo de la misma: ofrecer resultados de la más reciente investigación historicomédica obtenidos con nuevos métodos, además de los tradicionales, y demostrar que nuestra disciplina es algo vivo y actual capaz de contribuir de forma importante a la formación de los jóvenes estudiosos.

GUILLERMO OLAGÜE DE ROS

GARCÍA GUAL, C.; LARA NAVA, M. D.; LÓPEZ FEREZ, J. A.; CABELLOS ÁLVAREZ, B. (1983) *Tratados hipocráticos. I. Juramento, Ley, Sobre la Ciencia Antigua, Sobre la Medicina Antigua, Sobre el Médico, Sobre la Decencia, Aforismos, Preceptos, El Pronóstico, Sobre la Dieta en las Enfermedades Agudas, Sobre la Enfermedad Sagrada*. Madrid, Editorial Gredos [Biblioteca Clásica Gredos, 63], 426 pp. (no consta precio).

Desde hace algunos años (1980) la Editorial Gredos, en su Colección Biblioteca Clásica, viene editando traducciones castellanas de textos clásicos griegos, acompañadas de introducciones explicativas sobre el autor o autores y sobre la época. Hasta el momento se ha publicado una recopilación de los escritos presocráticos y otra de Platón.

El presente volumen —el tercero de esta serie— contiene una primera selección de los más conocidos tratados hipocráticos, *verbi gratia*, el Juramento, Aforismos, Pronóstico, etc.. La introducción general ha corrido a cargo de Carlos García Gual, y la de cada uno de los textos particulares ha estado bajo la responsabilidad del propio García Gual y de Lara Nava, López Ferez y Cabellos Alvarez.

Desde un punto de vista general, toda antología de clásicos —y más aún en el caso de una selección de escritos médicos griegos— es útil para tres tipos de lectores: el historiador médico, el médico culto y el público en general con inquietudes intelectuales. Esta colección de escritos hipocráticos que nos ocupa, cumple a la perfección su misión en los dos últimos casos señalados, es decir, satisface plenamente la curiosidad del público culto y completa un capítulo importante del pasado médico que inquieta al profesional interesado por las raíces de su quehacer. Sin embargo, su utilidad para el historiador de la medicina es bastante cuestionable. En efecto, junto a una traducción muy cuidada de los escritos hipocráticos, con expresa mención de los textos críticos utilizados —aunque no se señalan manuscritos— y citas de las más notables obras de literatura secundaria, carece esta obra, sin embargo, de la transcripción de los textos vertidos. La inclusión del escrito traducido en su lengua de origen, hubiera paliado las dudas que, acerca de la comprensión del texto, le asaltan al lector continuamente. Por ejemplo, tal es el caso del término *dýnamis* que es traducido por «resistencia» (p. 330), aunque hubiera sido más correcto desde el punto de vista historicomédico, vertirlo por «facultad». En última instancia,

pues, se echa en falta la colaboración entre filólogos clásicos e historiadores de la medicina. No olvidemos que esta deseable conjunción ya tiene antecedentes en este país. Por ejemplo, la que en 1976 condujo a la publicación, precisamente, de una antología de escritos hipocráticos editada por el «Instituto Arnau de Vilanova» del C.S.I.C., en la que participaron Pedro Laín Entralgo, José Alsina, Eulalia Vintró y Teresa Sallent.

ROSA MARÍA MORENO RODRÍGUEZ y GUILLERMO OLAGÜE DE ROS

ÁLVAREZ DE MORALES Y RUIZ MATAS, Camilo (1980) *«El libro de la almohada» de Ibn Wafid de Toledo (Recetario médico árabe del siglo XI)*. Toledo, Instituto Provincial de Estudios Toledanos, 488 pp. (no consta precio).

La obra que comentamos es la traducción y estudio del «Libro de la almohada» del toledano Abū l-Mutarrif 'Abd al-Rahmān b. Muḥammad b. 'Abd al-Kabīr b. Yaḥyā b. Wāfid al-Lajmī (1008-1074), conocido por la latinidad como Abenguefit, seguido de los correspondientes glosarios con doble entrada, castellana y árabe.

El «Libro de la almohada», en versión de Camilo Álvarez, nos ofrece una colección ordenada de recetas, estructuradas —comenzando por aquellas que hacen referencia a las enfermedades de la cabeza y concluyendo por las de la piel, enfermedades generales, diversas clases de fiebres, etc. Dichas recetas, en número de 955 —ello habla de la extensión de la obra y de la gran labor realizada en la edición y traducción de la misma— adoptan la forma de «simples», en cuyo caso sólo figura un único medicamento, o de «compuestos» elaborados a partir de varios de aquéllos. En este caso se hace imprescindible indicar la proporción de cada uno de ellos, así como el método a seguir en la preparación de la mezcla, la forma de administración, etc.

Nos encontramos, pues, con una aportación, a nuestro juicio, importante por tres razones:

— La primera, por tratarse de un nuevo texto que añadir al escaso, pero afortunadamente día a día en aumento, acervo de textos médicos andalusíes que ve la luz. Lamentamos que no se incluya la edición árabe, aunque nos consta que no se debe a la insidia del autor, su memoria de tesis doctoral sí la incluye, sino que, suponemos, debido a problemas tipográficos se ha dejado para mejor ocasión.

— La segunda, porque la impecable traducción de Camilo Álvarez nos pone en contacto con la medicina práctica en la España Islámica del siglo XI. En efecto, el «Libro de la almohada», como su nombre indica, es el libro que debe permanecer en todo momento junto a la cabecera del enfermo, puesto que en él se contienen cuantos remedios se precisan para el tratamiento de las previsibles dolencias que puedan aquejar a cualquier persona. Y no dudamos en calificarlo de manual de medicina práctica, porque, aunque no se especifica, todo parece indicar que es una obra destinada a los médicos prácticos (*ṭabbīb*) que ejercen su arte en las plazas públicas o en las moradas de personas de baja o, en todo caso, mediana posición social, ya que la clase dirigente posee, para su cuidado, médicos a los que calificamos

de teóricos (*mutatabbīb*), que no precisan de obras como el «Libro de la almohada» ya que, basándose en sus propias lecturas y experiencias, podían escribirlos si fuese necesario, como es el caso de Ibn Wāfid, autor del escrito que nos ocupa.

— La tercera razón por la que consideramos importante la aparición de esta obra, es por la inclusión de completos glosarios de medicamentos, por una parte, y enfermedades, signos y síntomas de las mismas, con entrada castellana y árabe, para facilitar su consulta. Todo aquel que haya emprendido la tarea de traducir un texto científico escrito en árabe sabe de la importancia de estos glosarios especializados que, por lo escasos, son doblemente valiosos.

Por último, creemos que la Diputación Provincial de Toledo, a través de su Instituto Provincial de Estudios Toledanos, merece también nuestra felicitación por el acierto de publicar la obra que reseñamos. No sólo ha sabido buscar a Camilo Alvarez en su lugar de trabajo, la Escuela de Estudios Arabes de Granada y publicar su tesis doctoral, sino que, además, lo ha hecho de manera extraordinariamente cuidada.

FERNANDO GIRÓN IRUESTE

RUSSELL, Andrew W. (ed.) (1981) *The Town and State Physician in Europe from the Middle Ages to the Enlightenment*. Wolfenbüttel, Herzog August Bibliothek (Wolfenbütteler Forschungen, B. 17), 156 pp. (*no consta precio*).

Este libro recoge las contribuciones presentadas a la conferencia internacional del mismo título organizada por la Society for the Social History of Medicine en septiembre de 1979 con el patrocinio de la institución alemana a cuyo cargo corre la edición. Los distintos trabajos en torno a la figura del médico público (esto es, profesionalmente dependiente de la administración local o estatal), firmados por notables especialistas como V. Nutton, J. M.^a López Piñero o T. Gelfand, entre otros, son todos una revisión y puesta al día de la historiografía, casi siempre a partir de una base de investigación archivística propia, en los distintos contextos socio-culturales de sus respectivos ámbitos de trabajo: la antigüedad clásica grecorromana, el Islam medieval, la Italia renacentista, la España del siglo XVI, o, con mayor espíritu de síntesis, los países germanos, Hungría y Suiza, respectivamente, a lo largo de todo el período marcado por el título del libro que comentamos. Aún cuando alguna contribución resulta excesivamente concisa y otras derivan total o parcialmente hacia el estudio de la profesión en general, el conjunto es un valioso testimonio acerca de los avatares de la medicina convertida en parcela de la administración pública. Tanto más cuanto, como reconoce Russell en el preámbulo, nos falta la monografía capaz de sintetizar esta faceta de la historia de la profesión, carencia que en el específico caso español viene agravada incluso por la ausencia de investigaciones locales, suministradoras del material básico de estudio. La perspectiva comparada realza el valor de los acercamientos nacionales. Un elevado número de erratas en el texto desaira, finalmente, una impresión por lo demás clara y elegante.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA

CUART MONER, Baltasar (1981) *Los colegiales médicos del Colegio de San Clemente de los Españoles*. Salamanca, Universidad de Salamanca-Real Academia de Medicina de Salamanca (Trabajos de la Cátedra de Historia de la Medicina, núm. 7) 96 pp. + 1 gráf. + 2 mapas. (no consta precio).

Desde que en 1924 Nicasio Mariscal publicara un estudio sobre las relaciones médicas hispano-italianas, la historiografía médica española más contemporánea viene prestando creciente atención a tan importante capítulo de la historia de la medicina española. Recordemos aquí, a título de ejemplo, los estudios del Prof. Riera Palmero sobre José Arnau y su formación en la Roma de finales del siglo XVII [*Asclepio*, 18-19, 533-552 (1966-67)], y sobre la cirugía española ilustrada y su comunicación con Europa (Valladolid, 1976).

La presente obrita de Baltasar Cuart —antiguo becario del Colegio de San Clemente de los Españoles de Bolonia— es un interesante análisis sobre los 88 colegiales médicos que cursaron estudios en dicha institución italiana, y sobre su actividad profesional posterior, entre 1369 y 1587. Corrige, además, los diferentes errores en los que incurrió en su día el profesor de Historia de la Medicina de Bolonia, Vincenzo Busacchi [*Bulletin Hispanique*, 58, 182-200 (1956)], el cual sólo prestó atención en su estudio a los becarios españoles renacentistas. La monografía de Cuart está estructurada en un Prólogo, lleno de sugerencias acerca del rol jugado por los Colegios Mayores y sus colegiales en la España del siglo XVI, y tres capítulos. En el primero, estudia la importancia de las becas de Medicina en el conjunto del Colegio clementino; en el segundo, analiza detenidamente el número de colegiales médicos, procedencia geográfica y extracción social de los mismos. En el tercero y último, la carrera profesional de estos becarios una vez abandonaron el Colegio. La obra finaliza con sendos catálogos de los colegiales médicos según fecha de ingreso y colegiales nobles, y un cuadro en el que se recogen los grados obtenidos por aquéllos.

GUILLERMO OLAGÜE DE ROS

GARIN, E. (1981) *Medioevo y Renacimiento. Estudios e investigaciones*. Madrid, Taurus, 257 pp. (no consta precio).

GARIN, E. (1982) *Ciencia y vida civil en el Renacimiento italiano*. Madrid, Taurus, 175 pp. (no consta precio).

Eugenio Garin (nacido en 1909), profesor —hasta su jubilación en 1979— de Historia de la Filosofía en Cagliari (1949-1950) y en Florencia (1950-1974) y de Historia del Pensamiento Renacentista en Pisa (1974-1979); además de catedrático del Instituto Nacional de Estudios sobre el Renacimiento y director de la revista *Rinascimento*, es un profundo conocedor de la cultura renacentista, tema genérico al que ha dedicado la mayor parte de su vida investigadora.

Su extensa producción escrita, iniciada en 1937 con el libro *Giovanni Pico della Mirandola*, ha sido traducida al castellano tan sólo parcialmente —cinco títulos— y con un notable retraso: todas las traducciones menos una —*Ciencia y vida civil en el Renacimiento italiano*— que fue ya publicada en Venezuela en 1972, han sido editadas por primera vez en la década de los ochenta.

Se reseñan aquí dos de las obras traducidas de Eugenio Garin en una impecable versión castellana de R. Pochtar. Ambas obedecen a criterios similares en su composición: el autor presenta, más o menos ordenada desde el punto de vista temático, una selección de trabajos suyos de muy diversa procedencia —conferencias, ensayos, artículos y notas—, cuya elaboración, a tenor de las fechas en que firma los prefacios, nos remonta a 1954 en el primer caso y a 1965 en el segundo. La relativa antigüedad de estos trabajos no resta, sin embargo, interés a ninguno de los dos títulos, ambos centrados en el mundo renacentista de las ideas.

En *Medioevo y Renacimiento. Estudios e investigaciones* atiende a dos grandes cuestiones: por una parte, aborda, desde diversos ángulos, la problemática de las relaciones entre el humanismo cuatrocentista y la cultura de los mundos clásicos y medieval; y por la otra, profundiza, dentro del ámbito italiano, en torno a la aportación efectiva del pensamiento de los siglos XV y XVI en sus dos vertientes: los *studia humanitatis* y las ciencias de la naturaleza. El segundo libro centra su atención en el mundo renacentista italiano, especialmente en Florencia, examinando, a propósito de las figuras de Leonardo y Gálileo, algunos aspectos de la problemática científica de la época en relación con los estudios humanísticos, y revisando también lo que Garin llama *vita civile*, es decir, la realidad ético-política y urbana de ese mundo.

Para Garin la clave del fenómeno renacentista y del movimiento humanista está en la ruptura del equilibrio y de los esquemas de una cultura bajomedieval que se encontraba abocada ya a un callejón sin salida. En este sentido combate las tesis «continuistas» de quienes, sosteniendo que el Renacimiento constituyó meramente el último capítulo del saber medieval, vacían de significación gran parte de la obra de los siglos XV y XVI. Lo que en realidad se produjo fue una transformación del modo de pensar, inicialmente en el ámbito «civil» —artistas, artesanos, hombres de acción— y de los *studia humanitatis*, pero que finalmente se hizo extensiva a la ciencia y a la filosofía. De este modo, combate la visión simplista de quienes contraponen el mundo de los humanistas al de los científicos y filósofos, y restringen a los primeros el fenómeno renacentista (pp. 8-11, 1982). De algún modo en consecuencia con lo anterior, Garin ha sido uno de los investigadores pioneros en la revalorización historiográfica, constatable en las últimas décadas, del papel que la magia, la astrología y la alquimia —lo que en nuestro medio López Piñero ha denominado «subcultura científica extraacadémica»— jugaron en la crisis del pensamiento occidental de los siglos XIV y XV y en el surgimiento de la ciencia moderna. Coloca así a las tradiciones neoplatónica y hermética en una posición relevante dentro del mundo intelectual renacentista, y las convierte en una importante clave interpretativa de la época desde el punto de vista historiográfico, señalando una sugestiva línea de

investigación que actualmente siguen numerosos historiadores de la ciencia y de la filosofía.

La lógica imbricación temática que se aprecia en los diferentes trabajos no es óbice para que pueda examinarse su contenido agrupándolos según su objeto preferente. Así Garin examina la vida ético-política de la Florencia cuatrocentista en sendos estudios dedicados al ciudadano Donato Acciaiuoli (pp. 155-206, 1981) y a los secretarios humanistas de esta república (pp. 21-47, 1982). En «La ciudad ideal» (pp. 49-70, 1982) analiza además, con Florencia como telón de fondo, el ideal renacentista de ciudad y su vinculación al modelo clásico de la *polis* griega. En otro estudio (pp. 39-51, 1981) destaca los estrechos lazos que unen la poesía medieval anterior al siglo XIII con la teología y la filosofía platónica. Tras examinar la «poesía de los libros sagrados», hace lo propio con la «poesía de las fábulas profanas» (pp. 52-68, 1981), apreciando una diferente consideración de éstas en el Medioevo y en el Renacimiento. A los géneros literarios preferidos por los humanistas (la epístola, el diálogo, la oratoria, etc...) dedica Garin dos trabajos. En uno (pp. 85-94, 1981) sostiene la tesis de que la aparente revolución formal de la prosa humanista responde en realidad a otra revolución más profunda y sustancial en torno al diálogo como forma expresiva ejemplar en la vida civil; en el otro (pp. 95-111, 1981) examina la incidencia de la retórica en el mundo renacentista y la evolución del conflicto de competencias (vida civil, filosofía, ciencia) que, ya en el siglo XIV, se abre entre ésta, la dialéctica y la antigua lógica. El último de los trabajos consagrados a la vida civil y las humanidades está dedicado al surgimiento de la conciencia histórica como uno de los rasgos más originales del Renacimiento (pp. 140-52, 1981).

El otro gran bloque temático que puede establecerse lo constituyen los estudios relativos a la filosofía, la ciencia y las diversas subculturas científicas presentes en el mundo renacentista. Hay una sugestiva y bien documentada reflexión sobre el proceso de desintegración del modelo griego de la ciencia y del pensamiento a lo largo de la Edad Media, sobre todo a partir de la crisis de la escolástica (pp. 15-38, 1981). Garin destaca el papel de las filosofías averroista y occamista en la crisis del aristotelismo, base de la ciencia medieval, así como el de la medicina mágica, la astrología y la alquimia en la aparición del nuevo pensamiento científico que se configura netamente en el siglo XVII. Precisamente a estas subculturas científicas se consagran tres capítulos (pp. 112-24, 125-39, 207-22; todos ellos en el libro de 1981). Garin insiste una y otra vez, en la grave minusvaloración historiográfica del papel de estas subculturas en el surgimiento de la ciencia moderna. Cuando examina la figura de Leonardo da Vinci (1452-1520) en constante relación con el rico mundo cultural florentino al que perteneció y del que no dejó de ser un exquisito producto (pp. 223-43, 1981; 71-113, 1982), hace hincapié en que sus rasgos son más propios —contra la frecuente imagen que de él existe— de un artista y poeta que de un hombre de ciencia y filósofo. Hace lo propio a continuación con el gran veneciano Galileo Galilei (1564-1642), pieza clave de la revolución científica (pp. 115-67, 1982).

Finalmente Garin procede a una revisión historiográfica del fenómeno

renacentista (pp. 69-81, 1981). Señala como una importante conquista de la investigación histórica actual, el descubrimiento de que el mito del renacimiento es un artefacto historiográfico producto de la polémica que los humanistas sostuvieron con la cultura de los siglos precedentes. Pero, a partir de este descubrimiento, algunos historiadores, defensores de lo que pueden llamarse tesis «continuistas», han ido demasiado lejos, al negar la novedad del Renacimiento sobre la base de la permanencia de los mismos contenidos y problemas que en la Edad Media. Garin se sitúa frente a esta postura y destaca que la ruptura efectivamente producida no nos remite materialmente a un contenido, sino a un nuevo espíritu, a una nueva manera de ver las cosas y, sobre todo, a la conciencia despierta de un nuevo nacimiento del hombre para sí mismo.

Para terminar sólo me resta hacer algunas apreciaciones de detalle. En primer lugar, lamentar el notable retraso —quizá debido a la beatería anglosajonizante de nuestros editores y ambiente académico— con que éstas y otras obras de Eugenio Garin llegan al lector castellanoparlante, retraso que hubiera podido paliarse si el editor español hubiese actualizado la bibliografía. En su descargo cabe, no obstante, señalar que tampoco subsanaron esta deficiencia las ediciones italianas de 1973 y 1980, punto de partida de las versiones castellanas de una y otra obra, respectivamente. El que varios de los trabajos fueran originariamente conferencias explica, pero no justifica, que el aparato crítico de algunos de ellos sea tan escaso o brille incluso por su ausencia. Debe advertirse también que uno de los estudios, el titulado «La cultura florentina en la época de Leonardo» se reproduce idéntico en ambos libros.

Alguno de los reseñadores españoles de la obra de Garin —p. ej. V. Navarro Brotons— ha destacado una limitación en sus investigaciones: la escasa atención prestada al mundo universitario en relación con los orígenes de la revolución científica. Es un criterio que personalmente comparto.

JUAN ARRIZABALAGA

RAMAZZINI, Bernardino (1983) *Tratado de las enfermedades de los artesanos*. Traducción y notas de José L. Moralejo y Francisco Pejenaute. Estudio preliminar de Francisco L. Redondo. Madrid, Ministerio de Sanidad y Consumo (Instituto Nacional de la Salud, Servicio de Relaciones Públicas, Información y Publicaciones, núm. 1397), 391 pp. (*no consta precio*).

No es fácil para los profesionales sanitarios españoles el acceder a las obras históricamente más significativas en el desarrollo de las ciencias médicas. El ambicioso proyecto trazado por el profesor Laín Entralgo en sus «Clásicos de la Medicina» se ha cumplido sólo fragmentariamente, editándose, desde 1946 a hoy, nada más que siete de los cincuenta y un títulos previstos. Por ello debe ser bienvenida toda iniciativa que extienda la gama de clásicos médicos traducidos al español, como en el caso que comentamos.

El tratado está constituido por el texto de la segunda edición del *De Morbis Artificum Diatriba* (Padua, 1713) y el capítulo suprimido de la primera edición (enfermedades de los obreros de la construcción), procedentes ambos de la edición facsimil realizada por A. Pazzini en 1953, en Roma, precedidos por la biografía de Ramazzini, escrita por su sobrino Bartolomeo, que se toma de la edición londinense de 1718 de la *Opera Omnia* de dicho autor.

Como se sabe, la historia editorial del *De Morbis Artificum* es compleja. Reflejo de su rápido impacto en la atención médica europea, se conocen unas diez impresiones en latín del mismo durante la primera mitad del siglo XVIII, de ellas dos dirigidas por el autor: Módena, 1700 y Padua, 1713. Igualmente fue vertido al francés, inglés, alemán e italiano en el curso de la misma centuria. Los factores que sirven para explicar esta rápida difusión del texto de Ramazzini pueden, inversamente, aclarar la ausencia de traducción castellana. El auge ilustrado en nuestro país quedó truncado por la invasión francesa y la consiguiente guerra y el tren de la modernización capitalista alcanzó sólo tardíamente la Península ibérica. Esta que comentamos es la primera traducción, que se sepa, realizada en España, aun cuando hay noticias de una argentina de 1949, publicada en tirada reducida por la Unión Americana de Medicina del Trabajo. Sin embargo, la ausencia de un texto castellano de la *Diatriba* no excluye su circulación por España en forma latina, como tal obra suelta o dentro de las *Opera Omnia* de su autor. En este sentido es significativa la información de que, en 1840, el catalán Llorenç Rimbau, médico en Sant Pol de Mar, compró una edición de las obras completas ramazzinianas que se encontró en su biblioteca a su muerte (Cfr. Parellada y Feliu, J. en *II Cong. Int. Hist. Med. Catalana, Barcelona, 1975*).

La celebración, desgraciadamente, no puede ser completa. Una pulcra traducción castellana, ligeramente arcaizante, como la que realizan Moralejo y Pejenaute, no basta para acercar el Ramazzini de 1713 a los médicos de 1983; los traductores son conscientes de ello y lo advierten, corriendo bajo su responsabilidad las notas, exclusivamente literarias, que acompañan al texto central. La ausencia de clarificación de conceptos, obras o autores científicos pertenecientes al pasado convierten el *Tratado* en un acúmulo de curiosidades, difícilmente vinculables con la práctica sanitaria actual. Esta pobreza de la edición, consecuencia, a su vez, de la falta de un historiador entre sus responsables, resalta al compararla con la última edición crítica impresa internacionalmente, la auspiciada por la New York Academy of Medicine (bilingüe, 1940; inglesa sólo en 1964). El estudio preliminar que firma F. L. Redondo, en esta edición española, no contribuye a paliar dicho defecto, pues se trata de un resumen de varias biografías de Ramazzini, en su mayor parte italianas, que no aporta nada original y desconoce los trabajos que hubiesen servido para insertar más precisamente la obra del profesor patavino en el ambiente social y científico de su época, como los de Rosen sobre mercantilismo y los de Pericle di Pietro, editor del epistolario del autor de la *Diatriba*.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA

COLEMAN, William (1982) *Death Is a Social Disease. Public Health and Political Economy in Early Industrial France*. Madison, The University of

Wisconsin Press (Wisconsin Publications in the History of Science and Medicine, Nr. 1), 322 pp. (*no consta precio*).

Con el pretexto, de gran calibre sin duda, de los estudios medicosociales de Villermé (1782-1863) se nos ofrece un interesante trabajo acerca de los condicionantes ideológicos y de los supuestos materiales que acompañaron el establecimiento de la Higiene Pública en la Francia de la primera mitad del siglo XIX.

Organizado en tres partes y diez capítulos, se nos ofrece (1.^a parte) un detallado compendio de la situación francesa, en tres porciones dedicadas, sucesivamente, a la situación médica, demografía e industrialización y teorías económicas vigentes; en la parte segunda se analizan los distintos trabajos de investigación higiénica de Villermé (cap. 4 al 8) con un excursus dedicado a la introducción y significado del «método numérico» en Medicina (cap. 5) mientras la tercera y última parte del libro, expresivamente titulada «Ideology and Inquiry», profundiza en la tesis central del sometimiento de los resultados de la pesquisa higienista a los principios imperantes de la economía política del momento, con un capítulo dedicado a la obra de Villermé y otro, el décimo, a otros varios autores («Le Parti d'Hygiene»), como Bérard, Parent-Duchâtelet, Bousquet, Benoiston de Châteauneuf y Méliér.

El autor, devoto de Ackerknecht, profundiza uno de los aspectos de la medicina francesa nacida de la «Escuela de París» menos gratos a la historiografía médica (bien poco se ha escrito tras el trabajo pionero de E. H. Ackerknecht titulado «Hygiene in France, 1815-1848» y publicado en el *Bull. Hist. Med.* de 1948), con rigor y eficacia. Aunque no haya referencia a la situación posterior, en el libro que comentamos se establece con claridad la impronta francesa en la investigación higiénica, muy propiamente adjetivada por Coleman como «sociomédica», que nos ayuda a explicar las motivaciones de un Jules Guérin en 1848 y el auge, en el último tercio del siglo, de los tratadistas franceses de Higiene Social, directamente influyentes sobre los autores centroeuropeos, como Gottstein, Grotjahn o Teleky, formalizadores de la Medicina Social como especialidad definida en el terreno académico. En efecto, frente a la fijación británica por las cuestiones de saneamiento, los higienistas franceses, de la mano de Villermé y compañía, hicieron objeto central de su actividad investigadora la etiología social, o, dicho de otra manera, «el establecimiento riguroso de las consecuencias sanitarias de la pobreza y el infortunio humano» (p. 13) en las condiciones determinadas por el crecimiento urbano y la industrialización acelerada de Francia. Sus métodos diagnósticos fueron similares a los empleados por sus colegas clínicos —análisis, pasión por los hechos de la experiencia, método numérico—, mientras que el papel central del hospital en patología pasaba a ocuparlo la ciudad. Esta actividad higienista alcanzó carta de naturaleza, y, a la vez conoció sus limitaciones, como se nos justifica con amplitud en el texto, de la mano de la Economía Política. En el momento en que la producción (industrial) pasaba a convertirse en el sustento de la riqueza de las naciones, la vida obrera cobraba un valor económico directo. No se entienda, sin embargo, la nueva Higiene como un subproducto

del pensamiento económico-social, sino como uno de los elementos principales que integraron la preocupación por la teorización social a partir de los inicios del siglo XIX. Así la definió el propio Villermé en 1847: «La Higiene Pública... en sí misma es sólo una rama de la economía social» (cit. en p. 241), en formulación que los autores alemanes de primeros del siglo siguiente cristalizaron como «Gesundheitswirtschaft». Insiste el autor en que no ha escrito una biografía de Villermé, y lleva razón; pero no es menos cierto que bien poco le falta, mientras un lector inquieto gozaría con una mayor profundización de los aspectos institucionales (las cátedras de Higiene Pública) y publicísticos (los *Annales d'Hygiene publique* tan escuetamente adjetivados como «monumento grandioso» sin más) del desarrollo de esta disciplina en Francia.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA

ÁLVAREZ-URÍA, Fernando (1983). *Miserables y Locos. Medicina Mental y Orden Social en la España del siglo XIX*. Barcelona, Tusquet Editores (Cuadernos Infimos, n. 106), 364 pp. (650 pesetas).

PESET, José Luis (1983). *Ciencia y Marginación. Sobre Negros, Locos y Criminales*. Barcelona, Editorial Crítica (Serie General. Estudios y Ensayos, n. 104), 224 pp. (no consta precio).

Uno de los campos en que más fértil se ha mostrado el análisis histórico-social de los problemas de la medicina ha sido, sin duda, el de la psiquiatría. El punto de partida de este modo de acercamiento lo podemos situar en la breve, pero magnífica, *Kurze Geschichte der Psychiatrie* que publicó en 1957 Erwin K. Ackerknecht, durante muchos años catedrático de Historia de la Medicina en la Universidad de Zurich. Desde entonces, raro ha sido el año que no se ha publicado algún estudio sobre dicha especialidad desde esta perspectiva histórico-social. En este devenir hay que situar las dos obras que van a ocuparnos en las siguientes líneas, aparecidas ambas en el mercado español en el mismo año, 1983, lo que ya es una buena prueba de ese interés.

Alvarez-Uría y Peset, los autores de dichas obras, se plantean el análisis de una misma problemática —la marginación social a que se ha visto sometido históricamente el enfermo mental y la tradicional permisividad del médico ante esta situación— utilizando dos modelos distintos de acercamiento. Alvarez-Uría, profesor agregado de Filosofía y Doctor en Sociología, aborda esta cuestión con un método que podríamos denominar «sociológico». Es decir, enfatiza en su estudio los determinantes sociales a los que responde el médico que se enfrenta a esa marginación del enfermo mental (por ejemplo, el pauperismo, el industrialismo y los cambios de sistema político). Por su parte, José Luis Peset, investigador en el Instituto de Historia de la Medicina «Arnau de Vilanova» del C.S.I.C., realiza un abordaje «histórico-social médico», o sea, une a la anterior orientación el análisis de los elementos teóricos y científicos que intervienen en esa segregación. Los resultados, pues, en ambos estudios son distintos, pero no antagónicos. Así, la obra de Alvarez-Uría es rica en noticias procedentes de fuentes habitualmente poco consultadas y conocidas por los historiadores de la medicina, lo que le ha permitido ofrecer

un panorama nuevo y lleno de sugerencias. La tesis fundamental que sostiene este autor es que de la marginación social del enfermo mental tan culpable ha sido históricamente la sociedad como el propio médico, el cual ha antepuesto sus intereses político-económicos a los objetivos científicos propios de su actividad profesional. Por su parte, José Luis Peset defiende esta misma tesis, pero la hace más comprensible al introducir los factores teóricos y científicos --olvidados por Alvarez-Uría-- que, sin duda, también han intervenido de forma importante en el desarrollo histórico de la psiquiatría e, incluso, de la propia marginación del enfermo mental.

No cabe duda, pues, que las obras de Alvarez-Uría y José Luis Peset constituyen dos importantes aportaciones al panorama histórico de la psiquiatría. Sin embargo, el primero de estos estudios puede ser más incitador para el psiquiatra, pues al ofrecerle una visión casi exclusivamente sociológica de la cuestión, provoca en éste un continuo replanteamiento de su actitud profesional. Con todo, los historiadores de la medicina encontraremos el análisis de José Luis Peset más útil, porque ensambla adecuadamente las vertientes externa e interna de la historia de la psiquiatría.

ROSA MARÍA MORENO RODRÍGUEZ y GUILLERMO OLAGÜE DE ROS

WEBSTER, Charles (ed.) (1981) *Biology, Medicine and Society. 1840-1940*. Cambridge, Cambridge University Press (Past and Present Publications), 344 pp. (no consta precio).

Este volumen reúne una parte sustancial de las contribuciones a una reunión de la British Society for the History of Science sobre el tema «Raíces de la Sociobiología». En total se presentan nueve trabajos, precedidos por una panorámica general, firmada por Webster, donde se explora la relación existente entre ciencias biomédicas y contexto social británico y acompañados por un completo índice temático y onomástico. Pese a que algunos de estos trabajos han aparecido con anterioridad, el conjunto resulta tan atractivo como estimulante y, sin duda, oportuno. Se estudian una serie de problemas ligados al desarrollo sanitario contemporáneo, entre las fechas señaladas en el título del volumen, dentro de las coordenadas socopolíticas del Reino Unido, como son la relación entre feminismo y el progreso en salud femenina (B. Harrison) o entre mortalidad infantil y trabajo materno (C. Dyhouse); una amplia revisión de las bases ideológicas e institucionales de los enfrentamientos que marcan el ascenso de la Genética en el mundo anglosajón (D. Mackenzie), en un marco comparado Gran Bretaña-USA (D. J. Kevles), se asocia a una amplia investigación sobre la producción de la teoría del organismo como «Estado» celular en los medios anatómicos berlineses de la Alemania imperial (P. Weindling) y a un análisis de la ubicación de clase del movimiento eugenésico británico (G. R. Searle), para terminar con dos artículos que exploran las vinculaciones políticas de la Psicología contemporánea (B. Norton y G. Sutherland). Hay también un ensayo, numerado en cuarto lugar (J. R. Durant) que estudia los condicionantes sociales, psicológicos y morales de la formulación de los principios de la Etología mediante el análisis de clásicos como Huxley, Heinroth o Lorenz.

Los distintos trabajos ofrecen un abanico muy amplio de temas y una variedad de estilos en torno a unas cuantas premisas fundamentales: en cuanto al método, el uso exhaustivo de fuentes accesibles al historiador más allá del mero análisis de texto de las publicaciones científicas (correspondencia, informes gubernamentales, periodismo no profesional, etc.); en cuanto al objetivo, explorar los condicionantes extracientíficos —ligados a aspectos de la vida social, en particular la división en clases y sus consecuencias— en la labor de los científicos.

Insisto en que el resultado es espléndido, independientemente de ciertas disonancias. En ningún caso se cierran de manera dogmática los problemas afrontados, incluso hay artículos que exponen tesis contrapuestas (el análisis de la polémica entre mendelianos y galtonianos, según Kevles y Mackenzie, por ejemplo). El trabajo con que se inicia el libro, firmado por B. Harrison, es ciertamente modélico en su estructura, al analizar las distintas hipótesis referidas a la (posible) influencia de la universalización de las teorías feministas sobre el mayor nivel de salud de las mujeres inglesas entre 1840 y 1940. La perfecta impresión y el cuidado índice redondean el interés de esta obra.

ESTEBAN RODRÍGUEZ OCAÑA

NAVARRO SÁNCHEZ, Carmen (1982) *Estructura Sanitaria del Campo de Cartagena 1960-1980*, Murcia, Secretariado de Publicaciones, 167 pp. (no consta precio).

Diversos trabajos de reciente aparición están haciendo ver la importancia que tienen, para el estudio de la profesión médica en este siglo, las fuentes procedentes de los archivos de los Colegios de Médicos. Entre ellos se halla el libro que nos ocupa, cuyo interés principal, desde nuestro punto de vista, está en su carácter de novedad en la utilización de fuentes, primando las procedentes de las organizaciones profesionales o entidades locales competentes y dejando las que proceden de anuarios e informes socio-económicos para su uso como marco de referencia a falta de las primeras.

Este trabajo de Carmen Navarro es un resumen de su tesis de licenciatura, dirigida por el Prof. Maset Campos, catedrático de Historia de la Medicina de Murcia. Con él, la autora responde al objetivo propuesto: analizar la estructura sanitaria del margo geográfico elegido en los últimos veinte años. Comienza esbozando las características socioeconómicas (cap. 1) y de infraestructura sanitaria (cap. 2). El estudio de la evolución quinquenal de una serie de parámetros (número, tasas, distribución, especialización, edades, sexo) referentes a los médicos (1960-1979), personal de enfermería (1974-79), farmacéuticos (1974-79) y veterinarios (1960-79) lo hace en el cap. 3. En el siguiente expone la estructura de la asistencia primaria entre 1960 y 1975 y acaba con la de la asistencia hospitalaria, año 1976, en el capítulo final. Las conclusiones ilustran la insuficiencia de recursos en materia de saneamiento, de personal de enfermería y veterinarios, de camas hospitalarias y de cómo, a pesar de la

mejoría global a lo largo del período, la distribución ha profundizado más en las diferencias, beneficiando núcleos urbanos en detrimento del medio rural.

Debido posiblemente a su carácter de resumen de un trabajo más amplio, se echa a faltar una descripción mínimamente detallada de las fuentes y unas precisiones metodológicas que respondiesen las preguntas que un lector interesado pudiera plantearse. Así, por ejemplo, en el cap. 3, no quedan claras las fuentes utilizadas para confeccionar las tablas de farmacéuticos (tablas 32 a 34) o de veterinarios (35 a 37) en los años señalados. Las cifras de estomatólogos y odontólogos, que dan una tasa muy por debajo de la estatal, quizá estén sesgadas si no se han considerado las listas de sus colegios profesionales. Los libros de registro —al menos los que conocemos, de los colegios de médicos de Andalucía— no nos parecen, por otra parte, el material ideal para fijar en un momento dado la distribución de los médicos, pues no reflejan la movilidad dentro de la provincia.

Confiamos en que historiadores de la medicina de otras universidades, consideren la inclusión de tareas similares en sus proyectos inmediatos, con objeto de conocer nuestra más reciente historia en lo que a profesiones y asistencia sanitarias se refiere.

TERESA ORTIZ